

AGUSTÍN

Del gran frío en los paisajes del alma: de Tania a Fomá

RAMOS IRIZAR

Tania va a cumplir 10 años. Está jugando a saltar por encima de los charcos, en mitad de una carretera del fin del mundo, en los confines de la tierra. Ryszard Kapuscinski «El imperio» le pregunta con sensibilidad a ver si no tiene miedo de caer bajo las ruedas de algún coche que pase por allí. Tania sorprendida le dice que por ese lugar no puede pasar ningún coche. De hecho, nunca ha pasado un solo vehículo de motor por estos lares. Toda la ciudad está hundida en el barro y aunque hace algo menos de frío que por la mañana, en Yakutsk, el Kuwait siberiano, sigue helando.

Es un paisaje desolador en la capital de una república enormemente rica en oro y diamantes. Un gran paisaje industrial ¡Quién lo diría!. Fíjense en el hecho de que la mitad del oro y brillantes que lucen las señoras ricas en todo el mundo o las que se pueden contemplar en las vitrinas de las joyerías de Nueva York, París o Amsterdam, provienen de Yakutsk. La carita de Tania es pálida. En invierno, nos dice Kapuscinski, reina la oscuridad y cuando sale el sol, nunca se tiene la impresión de que caliente. Brilla en tonos claros, ciega los ojos, pero es distante y frío. Como algunos paisajes del alma, la geografía y el ambiente de esta parte del mundo son desoladores.

Sin embargo, en este gran frío, la niña, vestida con un abrigo a cuadros verdes y marrones, que le viene algo pequeño, a pesar de vivir en

una zona tan rica en metales preciosos, no puede permitirse el lujo de tener un abrigo nuevo. Ni siquiera con los rublos suficientes para comprarlo podría hacerlo. A Yakutsk no envían abrigos nuevos para niñas además tan delgadas y altas. Es imposible y hay que adaptarse a las circunstancias. Tania ya sabe todas estas cosas y las analiza como si fuera una persona mayor. Es una gran chica, llena de sentimientos y sensibilidad. ¿Cómo es posible esto en los paisajes de la desolación? Además, también sabe que al saltar los charcos, no debe hacer como muchos niños mal criados, que se divierten chapoteando en los mismos. ¿De donde iba a sacar otra par de zapatos? Lo que posee es inestimable y hay que cuidarlo todos los días.

Por otro lado, la idea de resfriarse, tan apreciada por las almas sensibles de otros lugares, es incluso divertida. Tania no puede resfriarse en esta época del año, porque ahora se está fundiendo el hielo y hay barro. El auténtico frío es muy superior. Muchos no lo pueden soportar.

Con calma y delicadeza, Tania adopta el papel de una educadora responsable y le explica al periodista-filósofo, lo que es el gran frío, con detalles físicos palpables. Al gran frío se lo reconoce por una niebla clara y luminosa que queda suspendida en el aire. Cuando la persona la atraviesa en la niebla se forma un pasillo. El pasillo tiene la forma de la silueta de la persona que pasa. La persona pasa, pero el pasillo permanece, se queda inmóvil en la niebla. Un hombre grande y macizo forma un pasillo grande, y un niño, un pasillo pequeño. Tania forma un pasillo estrecho, porque es delgada, aunque, para su edad, es un pasillo alto. Gracias a estos pasillos, Tania sabe, cada mañana, si sus compañeras han salido ya para la escuela: todos conocen el aspecto de los pasillos de sus amigas y vecinas más próximas.

Cuando ve un pasillo ancho y bajo, de líneas claras y definidas, es señal de que ya ha pasado por allí Klavdia Matveievna, la directora de la escuela.

Si por la mañana no se ve ningún pasillo que por su medida corresponda a la estatura de un alumno de primaria, eso significa que el frío es tan intenso que se han suspendido las clases y los niños se quedan en casa.

Tania, la niña estupenda e inteligente, era el único ser vivo que deambulaba por el paisaje desierto y abrumador del industrioso barrio de Zalohnaia, por eso le quería preguntar por una calle, la de Krupskaia. Tania se ofreció a llevarme, saltando por los charcos. Las calles de este barrio son amplias, trazadas perpendicularmente. No hay asfalto ni empedrado. Cada una de estas calles forma un largo, plano y pantanoso archipiélago

de charcos, aguas estancadas y lodazales. No hay aceras. A lo largo de estas calles se levantan pequeñas casas de madera de una sola planta. Son viejas, la madera aparece ennegrecida, mojada y medio podrida. Los marcos de las ventanas, minúsculas y con cristales gruesos, están revestidos con algodón, esparto, fieltro, trapos.

En Zalohnaia, el frío helador es la salvación. El hielo mantiene el paisaje, el ambiente, la tierra en una disciplina férrea, en un orden riguroso, en un equilibrio fuerte y estable. Asentadas firmemente sobre una tierra helada, dura como una piedra, las casas se yerguen tiesas y seguras, por las calles se puede transitar a pie y en coche, las ruedas no se embarran en pegajosos lodazales, los zapatos no se quedan apresados en el fango.

Pero cuando deshiela es el horror. Liberadas del abrazo del hielo, las casas se vuelven lacias y se hunden en la tierra. Desde hace años, estas casas están por debajo del nivel de la calle, porque levantadas en su día sobre hielos eternos, el calor que han ido desprendiendo ha formado en la gélida tierra profundos nichos en que, de año en año, se hunden cada vez más. Cada casa se asienta en su hondonada, cada vez más profunda.

Ahora, el calor de abril golpea el barrio de Zalohnaia. Las torcidas y pobres casas se encorvan, se retuercen, se desmoronan y se hunden aún más en la tierra. El barrio entero se encoge, se achica y se entierra, hasta tal punto que en algunos lugares no se ven más que tejados. Tania me señala algo con el dedo y me pregunta si lo veo: regueros, cañadas, hasta arroyos de derretido y fangoso barro que fluye desde la calle entrando directamente en las casas que la bordean. En Siberia la naturaleza no conoce término medio; aquí entra en las casas, no se trata de un suave goteo de aguado fango marrón grisáceo, sino del ataque de un alud pegajoso que, repentina e imparablemente se lanza contra porches y puertas, llenando entradas y patios. Parece que las calles se desborden y sepulten las casas de Zalohnaia.

Así describe Kapuscinski el escenario, añadiendo que dentro de las casas la gente camina sobre barro, el barro cubre el suelo, está en todas partes. El olor es un poco desagradable, añade Tania, porque como Zalohnaia no tiene alcantarillado, lleva de todo...; frunce el ceño. Busca palabras adecuadas, al final se rinde y dice: Simplemente, de todo.

Nuestro periodista se fija en algo más. Hay letreros que asoman de la tierra, por varios lados y que advierten de la prohibición de cavar en toda la zona. Es porque los cables eléctricos están metidos en la tierra, sin protección, y si alguien lo toca, puede morir.

Así que en esta parte del mundo, lo mejor es el invierno. Entonces, todo está lleno de nieve y a nadie se le ocurre cavar en ella. Y Tania está contenta saltando entre los charcos y cuidando su abrigo y sus zapatos. La blancura de su alma y la blancura de la nieve.

El paisaje de la pobreza, la suciedad y el barro que encontramos aquí es coherente y sus elementos dependen unos de otros, como si estuvieran perfectamente concatenados. Ningún símbolo de bienestar material destaca sobre el paisaje de pobreza. Las nuevas construcciones de edificios prefabricados no son una solución. Nada más construirse, ya aparecen agrietados, torcidos y el yeso cae de las paredes en grandes trozos. Todo el sistema de aguas y alcantarillado va por unas tuberías que están instaladas en el exterior de los edificios, atravesando patios, plazas y calles en todas direcciones. Estas tuberías están envueltas en trapos y estopas, planchas y cintas metálicas que se ven por doquier. Las tuberías revientan a menudo. En invierno (nueves meses al año) en el lugar del reventón se forma en poco tiempo un gran bloque de hielo que nadie quita.

De este modo, los barrios nuevos de Yakutsk son grandes naves industriales sin techo. Pobreza por doquier. En lugar de oro y Kuwait, aparece Zolhnaia y su pobreza. Los diamantes son transportados directamente de las minas a Moscú. Aquí solo los trabajadores los ven, pero no pueden quedárselos y sirven directamente para pagar la enorme industria armamentística rusa.

Hemos dejado atrás a Tania, la excelente y moral Tania. Ahora, en el aeropuerto de Yakutsk, Kapuscinski sigue observando a las gentes y piensa. Sobre todo observa la espantosa inactividad de gente que sabe que no merece la pena moverse porque no hay nada que invite a hacerlo. Ningún aliciente. Lo mismo, con honradez y buenos sentimientos es lo que le sucede al personaje de Goncharov, Oblomov. Nada se resiste a su pereza para la acción, pero la postración del alma es normal en muchos sitios por todo el planeta. Desde hace siglos se hace así, independientemente de la religión, la cultura y la raza. En América del Sur, en los Andes o navegando por el Orinoco, en todas partes hay aldeas de barro, poblaciones pobres que permanecen sentadas en las puertas de sus casas, sin hacer nada. En África, lo mismo, en los solitarios oasis del Sahara o los poblados de pescadores que se extienden a lo largo del Golfo de Guinea. En Europa y Estados Unidos también. Como escribe Coleridge en la leyenda del viejo marinero «Inmóvil como un barco pintado, en un pintado océano».

Los paisajes del alma, interaccionan con los geográficos y geopolíticos. Pero hablar de postración del alma, nos reenvía a la concepción platónica

del concepto. El alma aparece como un principio de naturaleza distinta a la de los cuerpos, en el mundo de las ideas, preexistente al cuerpo e inmortal. Como el alma de Tania. S. Agustín nos dice además, que el alma gobierna al cuerpo. No me cabe duda observando esto. Pero ¿cómo explicar que cuando hablamos de alma, hablamos también de postración mental, de cierto abandono con relación al cuerpo o al entorno? ¿Es que el alma está separada o subsumida en el cuerpo? ¿O el cuerpo está en el alma?

Responder a estas preguntas no es nada fácil, sobre todo porque el riesgo de no acertar es enorme. El conocimiento humano no alcanza precisamente cumbres de sabiduría. La razón de S. Agustín es divina, sublime, no tiene nada que ver con la utilización de los cuerpos. Oblomov es un personaje contemplativo, alejado de la materialidad del día a día. Busca ir más allá, pero sin aceptar las servidumbres mundanas. Se separa de ellas y sacrifica mucho de su propia vida en la acción. Tania, sin embargo, parece que lo hace de manera natural, como si fuera con ella, sin más.

Otro personaje que también nos sorprende de modo incluso angustioso es el de Hans Castorp en «La montaña mágica», la novela de Thomas Mann. Sorprendente su actitud, ya que de la pura contemplación espiritual, alejándose del mundo, sin embargo, al final se acerca a él hasta tal punto que se introduce de lleno en la guerra mundana y nada contemplativa. Él, que incluso tuvo su propia iluminación, como Nietzsche o Rousseau, paseando por las altas montañas de nieve, intentando encontrar el camino perdido del sanatorio Berghoff. Podemos preguntarnos en su caso, si la acción no es un correlato de la contemplación y de la postración melancólica. ¿No será que el espíritu laborioso de «La Fenomenología del Espíritu» de Hegel nos acompaña y late en nuestro camino a través del mundo. Probablemente para que el alma se separe definitivamente, necesita introducirse en la vida cotidiana y aceptar sus servidumbres. Como la divinidad, atraviesa el mundo, se sumerge en él y termina elevándose de la miseria hacia la eternidad. De este modo, la inmortalidad del alma tendría su propio nicho de Ser. Hegel, en la obra referenciada, al hablar del alma bella (ahora veremos qué es), denuncia la presunción narcisista y la estéril actitud contemplativa de este tipo de alma. Contraponen a ésta, una ética de la laboriosidad en la sociedad y en la historia. Es lo que le pasa a Hans Castorp que, al final tiene que asumir su destino, a pesar de lo que supone. Es, de hecho, uno de los elementos claves de la modernidad que la postmodernidad o modernidad tardía, como queramos llamarla ha hecho añicos. De la ética del trabajo y de la reflexión hemos pasado a una etapa diferente. Pero la ética de la laboriosidad no ha entrado en contradicción con la contemplación. Ha contribuído, más bien, al desarrollo del pensamiento y a grandes logros en la historia de la humanidad. Su sustitución debe ser

pensada de modo no forzado, contribuyendo al desarrollo de las ideas y a la unidad con lo corporal. Delicado asunto.

Nos fijamos en que Tania, parece que lo que hace lo hace de manera natural. Es buena, alegre y melancólica a la vez, también es trabajadora, se preocupa por lo que pasa y acompaña al periodista en su peregrinar. Oblomov tiene también mucho de esto, aunque el aspecto de la laboriosidad no va con él. Oblomov tiene unos sentimientos y una manera de ser que impresionan por su bondad y delicadeza. Más adelante veremos que el príncipe Miskhin de «El idiota» de Dostoievski también tiene connotaciones similares de delicadeza, sensibilidad y bondad. Esta idea del alma bella, que es la que poseen estos personajes, la había presentado, de manera prodigiosa, extrayéndola de la tradición neoplatónica, F. Schiller quién en su ensayo «De la gracia y la dignidad» (1793) habla de una perfecta moralidad por inspiración espontánea, sin lucha contra las pasiones. Kant, todavía lo explica de manera más sucinta, diciendo que sublime es la disposición de quienes se someten a las leyes morales o a los imperativos de la razón, contra sus propias tendencias naturales, mientras que el alma bella se ejercita en la virtud por inclinación.

Este asunto también lo ha tratado D. Hume en varias de sus obras, incluida «El tratado de la naturaleza humana». El alma es un haz o colección de hechos o acontecimientos psíquicos en perpetuo flujo y movimiento. De esta idea surgirá la interpretación materialista que considera los fenómenos de la conciencia como el reflejo interior de los procesos fisiológicos. Leibniz insiste en la idea de la relación alma-cuerpo como una relación de significación. De este modo, el cuerpo sería la letra del alma; alma y cuerpo son paralelos, desplegando o exponiendo todas las partes del cuerpo, tendríamos el texto del alma.

Por lo visto aquí, el alma puede ser bella o no, contraponerse al cuerpo en la dualidad o interaccionar con él. Puede ser aquello que escapa de la materialidad pura, alojándose en las montañas de la contemplación. O puede ser la mezcla con la laboriosidad, separándose de la ociosidad del cuerpo. Nuestros personajes tienen un poco de todo.

De cualquier modo, algo nos acerca irremediabilmente en la dinámica del alma al noúmeno, al aire de Anaxímenes, el filósofo presocrático. El aire, la evanescencia de las formas, también llamada virtualidad en la postmodernidad, esas imágenes de lo abstracto que reflejan el origen de los objetos y de las formas.

Sin embargo, es el «to apeiron» de Anaximandro, el otro gran presocrático, el que junta las almas en su dispersión y las separa del aire, que aparece

en su fisicidad, el que hace que Oblomov, Tania, Miskhin o Castorp sean personajes parecidos a pesar de sus diferencias notorias. El «to apeiron» también lo podemos conceptualizar como lo indefinido. La materia original constitutiva del mundo era indefinida, como el alma y no se parecía a ninguna clase de materia del mundo ya formado. Este gran logro del pensamiento presocrático es la mejor explicación filosófica del asunto que tratamos. Hegel, al hablarnos de la unidad de contrarios, también utiliza, de manera prodigiosa, eso sí, este pensamiento.

Las sustancias se juntan y se separan, pero el indefinido y las propias sustancias originarias se mantienen. Del «apeiron», como otra naturaleza, la naturaleza como tal, surgen los cielos y los mundos que hay dentro de ella. Todas las cosas se convierten al perecer en aquella de la que nacen. La producción de los opuestos, provenientes de ese indefinido, desempeñará una función importante en la concepción de Anaximandro sobre la evolución del mundo. Es, de hecho, el primero en quién aparece claramente el concepto de sustancias naturales opuestas que otros filósofos como Heráclito o Parmenides recogerán de él. Pero lejos de inclinarse por cualquiera de los elementos naturales, por supuesto sin dejar de considerarlos, establece un principio diferenciado y diferenciador como es el indefinido.

Las sustancias se juntan y las almas se diferencian como opuestas, pero, a la vez, son un mismo «apeiron», siendo precisamente la oposición sustancial, la que genera la unidad. Aquí, claro que reconocemos la dialéctica de Hegel. Las almas se funden en una única alma, un indefinido, pleno de matices y variaciones y que, en su tránsito por el mundo, siembra y recoge las divisiones para transformarlas en una armonía plena, un sueño de opuestos juntos en uno y mismo indefinido. Precisamente, además, el concepto de indefinido impide que se priorice un opuesto sobre cualquier otro. Las almas se oponen, pero ninguna triunfa sobre las demás, se compenetran e interaccionan, terminando en el mismo espacio virtual en que empezaron: el indefinido.

La indefinición impide el salto de la virtualidad a la posibilidad. Las almas solo pueden vagar eternamente, como lo hace el propio «apeiron». Este, en última instancia se aproxima al concepto de Ser, del que, evidentemente, en este texto no hablamos, porque nos alejaría irremediabilmente del objetivo propuesto. El propio indeterminado marca las distancias y se constituye en el motor principal, en el origen de las formas, sobre todo de las anímicas que son las que, posteriormente, generan las demás. La materia se configura como un elemento de la abstracción y el indefinido impide la fijación de formas matéricas al transformarlas permanentemente. Un flujo y reflujo constantes hacia el

mismo espacio del que surgieron. Cómo no identificar en esta idea, la gran transformación de la postmodernidad y los cambios tecnológicos, así como la imposibilidad de presentar una realidad única e inmutable, lo que agobia constantemente la frágil estructura de las mentalidades e ideologías humanas. La mutación es permanente, los cambios no se agotan y los opuestos se constituyen a partir de la unidad, al igual que ésta última solo puede organizarse a través de los opuestos.

Entendemos, de este modo, el sentido de lo virtual como posibilidad de realización de algo o alguien, no como una nada sin fundamento. El concepto de «Aufhebung» de Hegel en la «Ciencia de la Lógica» define la dialéctica como una determinación que se distingue de la nada. Nos referimos a este concepto cuando una determinación es pensada en unidad con su opuesto. Pero el «Aufhebung» es una determinación, no un indefinido aunque implica asimismo el reconocimiento de la oposición como estructura fundamental en las referencias del mundo. La oposición no significa obligatoriamente confrontación; más bien, al contrario, se trata de la unidad de las diferencias, fundamento básico de la dialéctica. Es la unidad de contrarios entendida como síntesis de múltiples determinaciones.

Es un mundo de quietud lleno de movimiento. Es la separación en sustancias opuestas que se funden en un «apeiron» que integra dialécticamente la contemplación y la acción sin que ninguna de ellas menoscabe la influencia de la otra, en una armonía plena.

Por eso, en muchos lugares, por todo el planeta, sueñan los humanos con la quietud y la tranquilidad de espíritu. Una tranquilidad de espíritu como la de Tania, llena de zozobras y de incertidumbres, pero plena de energía y de vida. Un alma bella, pero también laboriosa y consciente ¿Acaso Oblomov no tiene vida, no tiene inquietudes? Claro que sí y son de una intensidad enorme, pero la acción, el tener que responder día a día, frente a la iniquidad y la miseria, está puesta en cuestión y termina por reconocerse en la postración. No actúa porque no quiere, no porque no pueda. No quiere enfrentarse a otros, no acepta el discurso de asumir la tensión para conseguir las cosas. Él tiene medios económicos familiares, es verdad, pero podía plantearse algo más en la vida y no quiere hacerlo. Hasta el amor desaparece de su vida, porque no se ocupa, no quiere pelear por algo que le parece natural, elemental. Si alguien le quiere, que sea por lo que es.

No es tan sencilla la vida y personajes como Oblomov pagan por su apatía pero, por otro lado, ¿no es esa misma apatía la que le mantiene en vida? ¿No tiene mérito el ser como se es, al margen de las presiones externas y las amarguras internas que día tras día mantienen su impronta?

Oblomov demuestra que la auténtica fuerza es la del alma. El, sin duda, es el más fuerte. Más allá de las vicisitudes cotidianas, logra mantener una impresionante fuerza de espíritu que le hace ser mejor, más sensible y a la vez más duro. El no acepta las tiranías de la vida cotidiana. Su pensamiento y su práctica están más allá de tener que responder con dureza, perdiendo la sensibilidad, a las posiciones arrogantes y a las miserias de mucha gente que le rodea.

Oblomov sufre, pero se recrea en su triunfo, el triunfo del alma postrada, plagada de incertidumbres, pero que en su negativa a la acción paroxística, convierte el alma en noble y plena de sentimientos y la vida en una delicia dentro del horror del tener que afrontar cotidianamente la crueldad y las humillaciones. Oblomov sufre pero no es desgraciado. El siente la vida y la vive a su estilo, contento en el fondo de no tener que asumir la intolerancia de una práctica vergonzosa que no conduce a nada más que al cansancio y al hastío de la propia vida. El desprecio de la mentira y de la maldad. Oblomov, al igual que Miskhin es bueno frente a todo. Nada puede con su bondad.

De este modo, el estado de postración mental, la contemplación, lleva a las almas a vivir situaciones variadas y muchas veces impredecibles. De Tania, la Marianela de Galdós, pero siberiana, y de Oblomov, la genial invención de Goncharov, pasamos a personajes que ilustran el otro lado de los paisajes animistas. Dostoievski tuvo, entre otras, la enorme virtud de presentar en literatura, con detalles y todo el paroxismo de la desolación, un tipo de personaje que abunda por doquier en nuestros lares y además, desde hace muchos siglos. Mijailovski, un pensador ruso, señala que es en el cuento «Stepanchikovo y sus habitantes», donde Dostoievski presenta el contrapunto de la dulce y fuerte Tania y del honesto y sensible Oblomov. Se trata de un personaje paradigmático, un individuo provinciano de poca monta, Fomá Opiskin, un torturador, un monstruo, un tirano: «Dadle a Fomá Opiskin el poder de Iván el Terrible o de Nerón y veréis como no tendrá nada que envidiarles y como sorprenderá al mundo con sus atrocidades». Dostoievski, con su visión profética, ya veía en Opiskin, el predecesor de las tiranías de la modernidad. Es la crueldad gratuita la que aplica Fomá Opiskin, su necesidad de cebarse, de empecinamiento al infligir dolor. No es práctico, ya que al hacer sufrir a otros no consigue nada, por lo que no se le puede analizar en categorías racionales, pragmáticas. El no piensa en que humillar y destrozar a la gente no conduce a nada. Para el, lo importante es atormentar al otro, tiranizarlo, ejercer la crueldad por la crueldad. Lo que cuenta es su propio sadismo, el ser cruel. Fomá, sin motivo alguno, golpea a una persona débil e inocente, lo que le proporciona un enorme goce y le da la sensación de poseer un poder absoluto.

El lector ya se habrá dado cuenta de que estos personajes, salvo Hans Castorp, son todos rusos y que los paisajes del alma de que hablamos, son como los paisajes helados de Rusia. El sufrimiento es una constante en los modos de vida de este país y en su historia. Pero también nos damos cuenta de que los paisajes del alma son mucho más extensos que los geopolíticos. Estos personajes se observan igualmente en otros lugares y espacios. Tania, Oblomov y Fomá son bastante característicos de modos de comportamiento que la especie acarrea tras de sí en muchísimos lugares.

Dostoievski nos presenta uno de los modos de crueldad más característicos de la especie. En «Crimen y castigo» señala que es la crueldad y el disfrute ante la desgracia ajena una de las características del alma, lo expresa así al recrear literariamente la enfermedad de Catalina Ivanovna: «los inquilinos fueron retirándose uno tras otro hacia la puerta, con esa extraña sensación de satisfacción egoísta que, hasta los hombres más compasivos experimentan a la vista de la desgracia ajena; esta sensación, de la que no está exento hombre alguno. Sin excepción, aún a despecho de los más sinceros sentimientos de pena y compasión».

Consideremos, sin embargo, a pesar de mi respeto hacia el gran escritor y pensador ruso y a sus propias contradicciones, que también es una característica del alma la sensibilidad y el saber estar y comportarse de Tania, su delicadeza, su asunción del mundo en que vive y su superación del mismo. Tania podía estar en cualquier lugar del mundo y allí sería siempre una excelente persona, al margen de los avatares y vicisitudes que la vida le deparara en cada momento. Igual que Sonia, la prostituta que defiende y ayuda a Raskolnikov en «Crimen y castigo». Una entereza a prueba de humillaciones, miserias y crueldades. Un estado anímico que deja en mal lugar a la propia maldad y a la crueldad. El alma no se deja arrastrar por la miseria. Paisajes helados, nieves sempiternas, donde viven seres soñadores, ilusionados y apasionados de la vida y que luchan, con sus sentimientos e inteligencia, contra la crueldad despótica de las almas miserables, llenas de rencor y sin salida.

Un mundo pleno de matices, donde el horror y la desolación se mezclan con el amor y la alegría. El cuerpo y el alma caminan juntos, sin separarse, pero el alma tiende a abandonar definitivamente los cuerpos. Poco a poco, sin contemplaciones, Tania y Oblomov se van, nos abandonan por una especie de híbrido biónico, entre monstruo, humano, animal y electrónico. El alma se va del cuerpo y del mundo, dejándonos en una vida en la que los grandes seres, duros y dulces, contemplativos y laboriosos a la vez, abandonan los cuerpos, ni siquiera quieren ser biónicos, no les interesa, porque todo conduce a la miseria y a la degradación, al fin de

un modelo en el que los sentimientos, la bondad, el trabajo, la reflexión y el pensamiento, iban juntos, una especie de era dorada que parecía que, desde el Renacimiento se iba a imponer. Y lo parecía, porque la belleza de esas almas era como la de los antiguos atenienses, plena de matices y de fuerza y sensibilidad. Brillaba con luz propia, una luz imponente que parecía no tener fin, eterna, inmortal, como el alma.

Estas características de delicadeza y a la vez de una fuerza moral interior sorprendentes, también nos la había presentado Dostoievski quién, a pesar de lo expresado en «Crimen y castigo» al referirse a la escena de la enfermedad de Catalina Ivanovna, nos había mostrado a personajes de una hondura psicológica especial, como Sonia. Y sobre todo, como no, el excelente Aliosha de «Los hermanos Karamazov», resistiendo lo indecible, lo insospechado.

Pero sobre todo es el príncipe Mishkin, el auténtico ejemplo y modelo de fuerza moral, de sensibilidad extrema y de superación. Un defensor de la compasión y de la bondad, un buscador de nuevos modos de comportarse que no se aplican a su persona por parte de otros. Un defensor de la vida, que realiza uno de los alegatos contra la pena de muerte más excelentes de la literatura universal (no olvidemos que Dostoievski fue condenado a muerte y salvado «in extremis»). Se trata de una defensa del alma que combate con el cuerpo, en armonía. En Dostoievski, a través de Mishkin, el dualismo religioso que le inspira es el de la compasión, ante los cuerpos y almas abatidos y torturados por la existencia cotidiana de miseria y tristeza. Es, en el fondo, una defensa de la alegría de vivir, a pesar de todo. La compasión, esa rareza del alma que, sin embargo, ayuda a tantas pobres gentes y que muchos confunden con debilidad ¡como si el desprecio hacia los demás no fuera debilidad!. Tiene que existir compasión, como la de Mishkin, para combatir el desprecio que sufre él mismo y que ve que sufre tanta gente. Sin desprecio y sin soberbia y violencia, como la de Fomá y tantos otros, no sería necesaria la compasión. Pero sí lo es, vaya que sí, es cada vez más necesaria.

Estamos, lo vemos, ante el fin de unos modelos en los que los sueños y las esperanzas situaban al ser humano en el centro del Planeta. Un Prometeo lleno de experiencia y de sabiduría que, ni tan siquiera había necesitado al Dios omnipotente de la Antigüedad. El era ahora el dios en la tierra. Parecía que era él el encargado de conducir al planeta a la salvación. ¡Adiós Renacimiento! Se acabó, como se acaba el alma, yéndose a otros lugares de los que nunca debiera haber salido. Una nostalgia sin nostalgia, porque desaparece el pensamiento. Ojalá, sin embargo, que las almas bellas puedan descansar en paisajes de amor y compasión, de sabiduría y de alegría, donde triunfen los buenos sentimientos y se termine con la crueldad.

Que su eterno vagar en el indefinido permita mejores mundos posibles. Ellas siempre van a estar ahí. Un paisaje idílico, en un mundo idílico, lleno de almas inmortales, observando, a lo lejos, con afecto y consideración. Un mundo donde, de todos modos, el indefinido de Anaximandro impide la contemplación plena de la desgracia o de la alegría. En el indefinido poco importan las sensaciones o las inquietudes humanas. Poco importa saber si se va a vivir o no. Es evidente que la vida no depende de la humanidad. Es algo distinto, con matices diferentes, un principio de virtualidad, unas imágenes de la quietud y el movimiento que poco o nada tienen que ver con lo humano. Solo el acercamiento al «apeiron» permite la contemplación plena y la acción inmediata. Sin indefinido no hay vida, ni almas. Es el origen y el final de las formas sensibles y de las virtuales. Es superación en sí. Lo Natural como tal, la Naturaleza en todo su esplendor, algo más allá de la relación con las formas.

Hölderlin lo escribió así en un extraordinario poema que todavía podemos leer y releer, antes del final de la era renacentista y del fracaso de los grandes intentos de los seres fuertes y sensibles por superarse y superar la degradación:

Es inútil: esta época estéril no me retendrá.
Mi siglo es para mí un azote.
Yo aspiro a los campos verdes de la vida
Y al cielo del entusiasmo.
Enterrad oh muertos a vuestros muertos,
Celebrad la labor del hombre e insultadme.
Pero en mí madura, tal como mi corazón lo quiere,
La bella, la vida Naturaleza.

Bibliografía

Belaval, Y. *LA FILOSOFÍA ALEMANA, DE LEIBNIZ A HEGEL*. 1977, Madrid, Siglo XXI.

Dostoievski, F. *CRIMEN Y CASTIGO*. 1976, Barcelona, Bruguera.

Dostoievski, F. *LOS HERMANOS KARAMAZOV*. 1979, Barcelona, Bruguera.

Dostoievski, F. *EL IDIOTA*. 1981, Barcelona, Bruguera.

Gontcharov, I. *OBLOMOV*. 1988, Lausanne, L'Age d'Homme.

Hegel, G.W.F. *CIENCIA DE LA LÓGICA*. 1982, Buenos Aires, Ediciones Solar.

Hegel, G.W.F. *Fenomenología del Espíritu*. 1973, México, Fondo de Cultura Económica.

Hölderlin, F. *POESÍA COMPLETA (2 vols.)*. 1979, Madrid, Ediciones 29.

Hume, D. *TRATADO DE LA NATURALEZA HUMANA (2 vols.)*. 1981, Madrid, Editora Nacional.

Kirk, G.S. y Raven, J.E. *LOS FILÓSOFOS PRESOCRÁTICOS*. 1979, Madrid, Gredos.

Kapuscinski, R. *EL IMPERIO*. 1994, Barcelona, Anagrama.

Mann, Th. *LA MONTAÑA MÁGICA*. En *Obras Completas*. 1963, Barcelona, Plaza y Janés.

Martínez Marzoa, F. *HISTORIA DE LA FILOSOFÍA (2 vols.)*. 1980, Madrid, Istmo.

Platón. *DIALOGOS III. FEDÓN, BANQUETE, FEDRO*. 1986, Madrid, Gredos.